

Las húmedas paredes y la oscuridad penetrante sumergían la inhóspita e incierta ubicación donde me encontraba. Mi cerebro proyectaba unas imágenes borrosas e inconexas que sugerían cómo había llegado en dicha ubicación, pero ninguna de ellas se apartaba de lo que también parecía mi mundo onírico.

Mi sentido del equilibrio parecía volver de unas lejanas vacaciones y poco a poco conseguía sostenerme en pie. Los ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad y a vislumbrar partes de la habitación gracias a unos tímidos rayos de luz que se proyectaban a través de lo que parecía el límite de la sala.

Dueño de mis músculos, de nuevo, me tambaleé hacia el origen de los destellos de luz, pero sólo para dar rienda suelta al miedo al comprobar que la luz rezumaba a través de un montón de ladrillos mal colocados. Palpar el perímetro sólo confirmó la respuesta innegable: era un prisionero de una celda sin salida.

Gritar, ése fue mi primer instinto. Un grito de socorro ahogado y mal articulado, pues el adormecimiento de mis cuerdas vocales, aún era evidente. Seguí gritando cada vez más cerca de los rayos de luz. Hasta que mi mejilla pudo notar el frío de los ladrillos.

Tras no recibir respuesta intenté calmarme, poner en orden lo que había pasado, rescatar los recuerdos de mi propia vida, ahora dueños de quienquiera que fuese el que me había traído allí. Las imágenes borrosas aparecían y se iban con la misma rapidez. Un dolor punzante apareció en mis temples para advertirme que no había escogido el camino idóneo. Recordar podía ser la respuesta a muchos interrogantes, pero también la perdición de mi propio ser.

La humedad de la sala empezaba a calar en mis huesos, la oscuridad empezaba a penetrar en mis sentidos y la soledad ya se había apoderado de mi miedo. Permanecí sentado, apoyado en la pared, bajo los pocos destellos de luz penetrantes.

La llamada a mis suplicas apareció en forma de respiración. Alguien estaba en el otro lado de la pared. Alguien visitaba mi cautiverio. La respiración era pacífica, casi relajante si no fuera por mi situación de desespero. No había angustia en ella, no había nervios, no había miedo. Todo lo contrario de la mía. Grité, lo llamé, pedí auxilio, pero la respiración no se inmutó. Permaneció allí, inmóvil, infranqueable e inalterable. Ni el tic tac de las agujas de un reloj eran tan constantes como dicha respiración.

Lágrimas. Las lágrimas de impotencia resbalaron por mis mejillas. Mis gritos pasaron de expresar el miedo al terror más férreo. Mi salvador, mi esperanza, mi lo que fuera, no tenía la más mínima intención de sacarme de mi jaula. Mi salvador pasó a ser mi captor. Seguí allí, pegado a los ladrillos. Escuchando los susurros de la respiración. Mi terror se franqueó para dejar paso a la duda: ¿Por qué yo?

La respiración cesó durante interminables segundos; minutos, si eras el preso. “Algún día recibirás lo que te mereces”. Esa frase, la frase pronunciada por mi captor no era una simple frase. Era un recuerdo, era algo que ya había oído. El zoótropo de mi cerebro se activó. Yo había oído esa frase. En aquel entonces yo era el receptor y estaba al otro lado de la pared.